

perder en un instante aquella prudencia que el universo admiraba y descender al papel de aquellos sanguinarios secuaces de la revolucion, á quienes habia venido á refrenar con sus manos triunfadoras y cuya conducta tan altamente reprobaba. ¡Fatal encadenamiento de las pasiones humanas! El que es herido quiere herir á su vez; cada golpe recibido es devuelto al instante; la sangre pide sangre, las revoluciones llegan á ser de este modo una serie de sangrientas represalias, que serian eternas, sino llegase al fin un dia en que los hombres se detienen, en que renuncian á devolver golpe por golpe, en que se sustituye á esa cadena de venganzas una justicia tranquila, imparcial y humana, en que se coloca por encima de esta justicia, si es que puede haber algo superior á ella, una política elevada y previsorá, que entre las sentencias de los tribunales no deja ejecutar sino las mas necesarias, indultando de las demás á los hombres extraviados, susceptibles de arrepentimiento y de razon. Defender el órden social, conformándose con las reglas estrictas de la justicia, y sin dar nada á la venganza, tal es la leccion que es preciso sacar de aquellos trágicos acontecimientos. Conviene sacar además otra, la de juzgar con indulgencia á los hombres de todos los partidos, que colocados antes que nosotros en la carrera de las revoluciones, nutridos en medio de las revueltas corruptoras de las guerras civiles, y escitados sin cesar por espectáculos de sangre, no se profesaban unos á otros ese respeto á la vida que por fortuna nos han inspirado el tiempo, la reflexion y un largo periodo de calma y de reposo.

LIBRO DIEZ Y NUEVE.



El Imperio.

Efecto que produce en Europa la muerte del duque de Enghien.—Prusia, que estaba pronta á formar alianza con Francia, varia de modo de pensar y se une con Rusia por medio de un convenio secreto.—Cuál era en 1803 la verdadera alianza de Francia, y porqué no se efectuó esta alianza.—Se dá cuenta á todos los gabinetes de la conducta de MM. Drake, Smith y Tailor.—El sentimiento que inspira disminuye el efecto producido por la muerte del duque de Enghien.—Sensacion que causa en San Petersburgo.—La corte se viste de luto espontáneamente.—Conducta insustancial é inconsiderada del jóven emperador.—Queriendo reclamar contra la violacion del territorio germánico, dirige unas notas imprudentes á la dieta de Ratisbona y á Francia.—Circunspeccion de Austria.—No se queja de lo que sucedió en Ettenheim, y se aprovecha de la situacion apurada en que decian se hallaba el primer consul para estralimitar todos los poderes.—Despojos y violencias perpetrados en toda la Alemania.—Energia del primer consul.—Cruda contestacion que dirige al emperador Alejandro, y retirada del embajador francés.—Indiferencia y desprecio con que acoge las reclamaciones hechas á la Dieta.—Recurso de que se vale Mr. de Talleyrand para conseguir que dichas reclamaciones tuviesen un resultado insignificante.—Conducta equívoca de los ministros austriacos con respecto á la Dieta.—Se aplaza la cuestion.—Intimase á Austria que suspenda las violencias á que se entregaba en el imperio.—Deferencia de dicha corte.—Más sobre la causa formada á Jorge y Moreau.—Suicidio de Pichegrú.—Alarma.—De resultados de la agitacion de los ánimos, se notan síntomas de retroceso hácia las ideas monárquicas.—Considérase el derecho hereditario como medio

de consolidar el orden establecido y ponerle al abrigo de las consecuencias de un asesinato.—Felicitaciones.—Discurso que pronuncia Mr. de Fontanes con motivo de haberse terminado el código civil.—Papel que hace Mr. Fouché en aquellas circunstancias.—Es el instrumento del cambio que se prepara.—Mr. Cambaceres se opone á que se realice.—Esplicacion que tiene con el primer consul.—Paso que dá el Senado por instigaciones de Mr. Fouché.—El primer consul retarda el responder al paso del Senado, y se dirige á las córtes estrangeras, para saber si obtendria de ellas el reconocimiento del nuevo titulo que queria tomar.—Prusia y Austria contestan de un modo favorable.—Condiciones que pone la última al reconocimiento.—Dispónese el ejército á proclamar un emperador.—Al fin rompió el silencio el primer consul, y contestó al Senado pidiendo que manifestase á las claras su modo de pensar.—El Senado delibera.—Proposicion que hace el tribuno Curée para que se restablezca la monarquía.—Discusion que acerca de esto se suscita en el Tribunado, y discurso del tribuno Carnot.—Comunicada la proposicion al Senado, este cuerpo la acoge favorablemente y dirige un mensaje al primer consul, proponiéndole el restablecimiento de la monarquía.—Se nombra una comision para que proponga los cambios que debian introducirse en la constitucion consular.—Cambios que se adoptan.—Constitucion imperial.—Empleados de primer orden.—Empleos militares y civiles.—Proyecto acerca de restablecer algun dia el imperio de Occidente.—Las nuevas disposiciones constitucionales, quedan convertidas en un senado-consulto.—El Senado se traslada en masa á Saint Cloud, y proclama á Napoleon emperador.—Singularidad y grandeza de aquel espectáculo.—Mas sobre la causa de Jorge y Moreau.—Jorge es condenado á muerte y muere en un patibulo.—A igual pena fueron sentenciados M.M. Armand de Polignac y Riviere; pero el primer consul les perdonó la vida.—Moreau sale para un destierro.—Su destino y el de Napoleon.—Nueva faz que toma la revolucion francesa.—La Republica se convierte en monarquía militar.

Grande fué sin duda alguna el efecto que produjo en Francia la sangrienta catástrofe de Vincennes; pero mucho mayor fué el que causó en Europa, pudiendo decirse sin apartarse de la verdad, que vino á ser el motivo principal de una tercera guerra. La conspiracion de los príncipes franceses y la muerte del duque de Enghien, fueron de esos golpes reciprocos con que la revolucion y la contra-revolucion se provocaron mutuamente á una

lucha violenta que no tardó en estenderse desde los Alpes y el Rhin hasta las orillas del Niemen.

Ya hemos espuesto la situacion respectiva en que se encontraban Francia y otras córtes, tomando el punto de partida desde que empezó de nuevo la guerra con la Gran Bretaña; las pretensiones que manifestó Rusia de egercer un arbitramento supremo, pretensiones que acogió Inglaterra con frialdad, y cortesmente el primer consul, si bien las rechazó luego que hubo conocido la parcialidad con que obraba el gabinete ruso; las aprensiones del Austria, cuya nacion temió se hiciese la guerra general, y quiso distraerse de su inquietud estralimitando todos los poderes, y por último, la conducta vacilante de Prusia, cuyo gobierno obraba unas veces con arreglo á sugeriones por parte de Rusia, otras se inclinaba á aliarse con el primer consul, quien la trataba con mucho miramiento, luego se mostró casi decidida á ello de resultas de las palabras que aquel dirigió á Mr. Lombard, y dejó al fin su indecision, arrojándose en brazos de Francia.

Este era el estado que tenian las cosas poco antes de la deplorable conjuracion cuyas trágicas fases acabamos de contar, pues Mr. Lombard regresó á Berlin empapado en lo que habia oido en Bruselas, y comunicó sus impresiones al jóven Federico Guillermo, induciéndole á que se uniese para siempre con nosotros. Otra circunstancia contribuyó no poco á producir resultado tan ventajoso: Rusia no se habia mostrado muy favorable á las ideas de Prusia, ideas que consistian en una especie de neutralidad continental fundada en la antigua neutralidad prusiana, y trató de sus-

tituir á aquellas ideas el proyecto de un tercer partido europeo, que so pretexto de contener á las potencias beligerantes, se convirtiese en una coalicion , dirigida contra Francia y pagada por Inglaterra. Resentido Federico Guillermo al ver el modo con que acogian sus proposiciones, y conociendo no solo las consecuencias que podia acarrear el proyecto ruso, sino que la fuerza estaba de parte del primer consul, le ofreció, no una amistad estéril , como lo estuvo haciendodesde 1800, por conducto del sagaz Mr. de Haugwitz, sino una verdadera alianza; como que un principio ofreció á Francia y Rusia una estension de neutralidad prusiana que debia comprender á todos los estados de Alemauia, siempre que en cambio fuese evacuado Hannover, lo cual hubiera sido para nosotros volver á abrir el continente al comercio inglés y cerrarnos el camino de Viena. Cuando el primer consul conferenció en Bruselas con Mr. Lombard, no quiso oír hablar de semejante cosa, y así que éste regresó á Berlin , el rey de Prusia nos hizo otra proposicion , de resultas tambien de la conducta que acababa de observar el gobierno ruso. Consistia dicha proposicion en que ambas potencias, esto es, Francia y Prusia, se garantizasen la una á la otra el *statu presente*, ó lo que es lo mismo todo cuanto Prusia habia adquirido en Alemania y Polonia desde 1789, y para Francia, el Rhin, los Alpes, la reunion del Piamonte, la presidencia de la republica italiana, la propiedad de Parma y Plasencia , el mantenimiento del reino de Etruria y la ocupacion temporal de Tarento. Por supuesto que si por cualquiera de estas cosas llegaba á turbarse la paz, la potencia á quien no se amena-

zase inmediatamente, debia mezclarse en la cuestion para evitar la guerra, y si su mediacion era ineficaz, comprometianse ambas naciones á reunir sus fuerzas y sostener la lucha de mancomun. En premio de tamaño compromiso, pidió Prusia evacuásemos las orillas del Elba y el Weser, que redujéramos el ejército que teniamos en Hannover al número puramente necesario para percibir las rentas del pais, esto es á seis mil hombres; y por último , que si el éxito que llegase á alcanzar Francia durante la paz, fuese tan grande que pudiera dictar condiciones á Europa, se arreglase de acuerdo con Prusia la suerte que debia caber á Hannover, lo cual era un modo indirecto de estipular le diesen el espresado pais.

Lo que decidió á Federico Guillermo á seguir tan abiertamente la politica del primer consul, fué la certeza que tenia de que la paz continental dependia de una firme alianza entre Francia y Prusia: conoció con un acierto que le honra, y que honra sobre todo á Mr. de Haugwitz, que era quien le inspiraba semejantes ideas, conoció decimos , que como se uniesen Prusia y Francia, nadie se atreveria á turbar en el continente la paz general; no se le ocultó al mismo tiempo que sujetando al continente, sujetaba tambien al primer consul, porque su garantia dada á la situacion en que entonces se hallaban una y otra potencia, era un modo de fijar esta situacion y de impedir que el primer consul intentase nuevas empresas; y no hay duda en que si Prusia hubiese insistido en llevar á cabo tales miras, ó la hubieran animado á que perseverase en ellas, habrian cambiado los destinos del mundo.

Las mismas razones que tuvo Prusia para decidirse á hacer la proposicion que acabamos de referir, debian haber hecho que la aceptase el primer consul, pues lo que él queria, á lo menos entonces, era Francia hasta el Rhin y los Alpes, y además egercer un dominio absoluto en Italia, tener preponderancia en España, ser árbitro supremo, en una palabra, de los destinos de Occidente, y todo esto lo conseguia obteniendo la garantia de Prusia, y lo conseguia con un grado de certeza casi infalible. Es verdad que evacuar las orillas del Elba y el Weser era lo mismo que volver á abrir para los ingleses el continente; pero esta ventaja comercial no les traia tantos beneficios como daño les causaba la quietud del continente, asegurada de resultas de la union de Prusia con Francia, y permaneciendo tranquilo el continente, podia estar el primer consul en la persuasion de que si se dedicaba por algunos años á trabajar en ello, daria al fin á la Inglaterra un golpe terrible.

Es verdad que la proposicion del gabinete prusiano no llevaba el titulo de alianza; pero el resultado era el mismo, y si no se usó esta palabra, fué porque el jóven rey así lo quiso, despues de meditarlo bien. El príncipe de quien vamos hablando, no consintió efectivamente que se pronunciase semejante palabra, y aun formó empeño en disminuir la importancia aparente del tratado llamándole convenio; ¿pero qué importaba la forma si el fondo era el mismo, si se estipulaba formalmente que se unirían nuestras fuerzas y las suyas, y si podíamos contar con que no faltaria á su palabra un rey honrado y fiel cumplidor de

aquello á que se comprometia? Y esta es ocasion de hablar de una flaqueza de entendimiento que mostró en aquella época no solo Prusia, sino todas las córtés de Europa. Todas admiraban al nuevo gobierno de Francia, desde que se puso á su frente un hombre grande, todas estimaban sus principios, y respetaban su gloria; pero sin embargo se mantenian apartadas de él, y aun cuando tuviesen que acercarse á nuestro gobierno por algun interés urgente, únicamente querian etablar relaciones de negocios. Y no consistia esto en que le mirasen con el aristocrático desden con que las dinastias antiguas miran las modernas, pues aun no se habia espuesto el primer consul á comparaciones de este género, constituyéndose en gefe de dinastia, y la gloria militar, que era en lo que consistia su principal titulo, siempre echa por tierra el desden, sino porque temian que si se declaraban formalmente aliados suyos, pasarian para con la Europa por desertores de la causa comun de los reyes. Así es que Federico Guillermo no hubiera sabido que decir á su jóven amigo Alejandro y aun á su enemigo el emperador Francisco, y la reina, tan bella como jóven, que tenia en torno suyo un círculo lleno de pasiones y de las preocupaciones propias del antiguo régimen, círculo en que se burlaban de Mr. Lombard, porque habia vuelto de Bruselas entusiasmado con el primer consul, y en que miraban con ódio á Mr. de Haugwiz, porque era el apóstol de la alianza francesa; la reina, decimos, y los que la rodeaban, hubieran puesto el grito en el cielo, y censurado amargamente al rey. No hay duda en que esto no pasaba de ser un disgusto interior, y Federico

Guillermo se veia espuesto con frecuencia á sufrir otros por el estilo; pero no hubiera podido conciliar aquel tratado formal de alianza con el language equivoco y falto de franqueza que solia usar cuando se dirigia á las demás córtes, y queria presentar los empeños contraidos con el primer consul, como un sacrificio que habia hecho por convenir así á sus pueblos. Efectivamente tenian estos suma necesidad de que el Hannover fuese evacuado, á fin de que cesara el bloqueo del Elba y el Weser, siendo su intencion decir que para lograr que Francia evacuase á Hannover, habia tenido que conceder alguna cosa, viéndose obligado á garantizarla lo que todas las potencias, y especialmente Austria, le habian garantizado, ya en tratados, ya en convenios secretos, con lo cual, sin hacer una nueva concesion, habia librado á Alemania desoldados e strangers, y restablecido su comercio; interpretacion inadmisibile sien el convenio propuesto se hablaba de alianza. Es verdad que la estipulacion relativa á Hannover le comprometia tanto como la palabra alianza; pero debia figurar en un artículo que prometieron bajo palabra de honor, no revelar á nadie en ningun tiempo. Es decir, que aquella córte era tan débil como ambiciosa, mas podia contarse con que cumpliria lo prometido, de modo que era preciso tomar las cosas segun de ella venian, plegarse á su flaqueza, y aprovechar aquella ocasion, que tal vez no volveria á presentarse, de enlazarla á Francia.

En nuestros días, destrozado ya el imperio germánico, quedan pocos motivos de rivalidad entre Prusia y Austria, y existe uno y muy gran-

de entre Prusia y Francia, á saber: las provincias rhenanas: pero en 1804, colocada Prusia bastante lejos del Rhin, unos mismos eran sus intereses y los de Francia, así como los de Austria eran enteramente contrarios á los suyos, pues aun existia el ódio con que Federico el Grande la miraba; y la reforma de la constitucion germánica, la secularizacion de territorios eclesiásticos, la supresion de la nobleza inmediata, y la reparticion de votos entre católicos y protestantes, eran otras tantas cuestiones ó resueltas ó por resolver, que llenaban á ambas córtes de resentimiento, no solo por lo pasado sino por lo que pudiera suceder en lo sucesivo. Así es que habiéndose enriquecido Prusia con los bienes de la iglesia, representando como representaba la causa de la revolucion en Alemania, teniendo interés en ello, y siendo como era mal vista por las antiguas monarquias, era nuestra aliada natural, y nos convenia unirnos á ella, si queriamos tener un amigo en Europa.

Efectivamente, porque España nada podia como aliada, y para regenerarla, habia que en-golfarse, como sucedió mas tarde, en dificultades inmensas, é Italia, destrozada enteramente, aunque sus despojos eran nuestros, no podia proporcionarnos una fuerza efectiva, y apenas nos daba algunos soldados, que para ser buenos, pues eran capaces de ello, tenian necesidad de servir por largo espacio de tiempo con los nuestros. Mas hábil el Austria, mas astuta que todas las demás córtes, abrigaba la resolucion, que disimulaba á todo el mundo y casi á ella misma, de arrojar-se sobre nosotros á la primera ocasion, para ver

de recobrar lo que habia perdido , lo cual no debemos estrañar porque el vencido procura levantarse y tiene derecho para ello. Así como Prusia representaba en Alemania una cosa análoga á nosotros , Austria representaba lo mas contrario que puede imaginarse , porque era un fiel trasunto del antiguo régimen, además de que habia otra razon para que fuese enemiga irreconciliable de Francia: tanto ella como el primer consul ambicionaban la posesion de Italia , y como este último tenia empeño en dominar aquel pais , podia haber entre Francia y Austria treguas mas ó menos duraderas ; pero no era posible esperar otra cosa que treguas , siendo por lo mismo indispensablemente necesario , ya que habia que escoger entre las dos córtes alemanas , siempre desunidas, no pensar en la de Viena. En cuanto á Rusia, si insistiamos en dominar el continente, era preciso resignarnos á tenerla por enemiga, como lo probaba harto bien lo sucedido en los últimos diez años, pues aunque no le interesaba en manera alguna la guerra que sosteniamos contra Alemania, y sus intereses estaban conformes con los nuestros en la que haciamos á Inglaterra, cuando imperaba Catalina, tomó una actitud hostil, siendo emperador Pablo I envió á Suwarow y queriendo proteger en el reinado de Alejandro á las potencias de segundo y tercer orden, acabó por venir á parar en un protectorado del continente , incompatible con el dominio que nosotros queriamos ejercer con él ; y todo porque la envidia continental la convertia en enemiga nuestra, como la envidia marítima á Inglaterra. Así, pues España, decaida entonces, no podia ro-

bustecer nuestro poderío. Austria era irreconciliable por lo de Italia, y Rusia nos miraba con ojos de envidia por lo del continente, como sucedia á Inglaterra porque queria ser la señora del mar , mientras que Prusia , por el contrario, era nuestra aliada natural , porque sus intereses y los nuestros eran iguales, y porque hacia el papel de una nacion que se habia levantado de la nada para con los gobiernos antiguos. No aceptar su amistad era lo mismo que consentir en quedarnos solos , y esto era consentir en perecer al primer revés que sufriésemos.

Siempre que se trataba de formar alguna alianza, aconsejaba mal al primer consul Mr. de Talleyrand, pues este ministro, en quien podian mas los gustos que el cálculo , miraba con preferencia á Austria, y embebido en los recuerdos del antiguo gabinete de Versalles, en el cual aborrecian á Federico el Grande por sus sarcasmos, y apreciaban á la corte de Viena, gracias á sus adulaciones, creia que tener buenas relaciones con Austria era como si todavía se encontrase en Versalles. Así es que trataba á Prusia con frialdad, se burlaba de ella y la miraba con aire despreciativo , haciendo que el primer consul desconfiase de ella ; pero sus consejos influian muy poco en la conducta de éste , pues apenas ascendió al consulado , conoció con su acostumbrada sagacidad cuál era la alianza que debiamos preferir y se inclinó á Prusia. Sin embargo, aunque tenia confianza en sus fuerzas , no se daba prisa á escoger amigos, pues conocia lo útil que podian ser y apreciaba el verdadero valor de unos y otros; pero creia que no le faltaria tiempo para ad-

quirirlos y queria hacerlo con todo descanso.

Quando de resultados de las conferencias habidas en Bruselas, se presentó Mr. de Luchesini con una carta nada menos que del rey, y el proyecto de alianza, se picó el primer consul al ver que no querian dar á dicho proyecto el verdadero nombre, pues tenia y con razon por bastante honorificas, y sobre todo por bastante ventajosas las relaciones con Francia para que no se publicaran abiertamente, de suerte que dijo:—Acepto las bases propuestas; mas quiero figure en el tratado la palabra alianza, porque solo siendo pública nuestra amistad con Prusia, podremos intimidar á Europa y dirigir todos nuestros recursos contra Inglaterra. Con un tratado así, disminuiré el ejército de tierra, aumentaré el de mar, y me dedicaré enteramente á la guerra marítima, al paso que sin una alianza pública y formal, no podré hacerlo sin riesgo, y lo único que conseguiria seria cerrar nuestros rios sin ventajas suficientes.

Esto era exactísimo, pues si Prusia confesaba abiertamente era aliada nuestra, nos daba una fuerza moral que no podia asegurarnos una confesion á medias; pero el hecho de reunir las fuerzas tenia un valor inmenso, y debia preferirse el fondo á la forma, porque coligada Prusia con nosotros hasta para tomar las armas en ciertos casos, no hubiera tardado en comprometerse á los ojos de Europa, y al verse criticada por esta, se hubiera arrojado en nuestros brazos á pesar suyo. Dado el primer paso hácia nosotros, era inevitable diese el segundo, de suerte, que se cometió una falta y no pequeña, en no acoger

la proposicion del gabinete prusiano como era debido; pero el primer consul, además de que queria terminantemente se usase la palabra alianza, se negaba á acceder á ciertas condiciones que pedia Prusia. Por lo que hace á Hannover, estaba corriente, y no tenia dificultad alguna en cederlo á Prusia en caso necesario, pues este era el modo de indisponerla fundamentalmente con Inglaterra; pero se mantenía firme con respecto á los rios, y se indignaba con la idea de volver á abrir parte del continente á los ingleses, á los ingleses que cerraban todos los mares. Hasta llegó á decir al ministro de Prusia.—¿Cómo por una cuestion de dinero, podeis obligarme á que reuncie á uno de los medios mas eficaces que tengo de perjudicar á la Gran Bretaña? Habeis dado á los comerciantes de Silesia un socorro de 3 ó 4,000,000 de escudos, y será preciso darles otro tanto. Echad, pues, vuestro cálculo: ¿cuánto os costará? 6 ú 8,000,000 de escudos? Yo estoy pronto á dároslos en secreto, con tal que renunciéis á la condicion de que haya de abrir los rios.

Semejante recurso no era del agrado de Prusia, porque queria poder decir á las córtes de Europa que si se habia ligado hasta tal punto con el primer consul, era á fin de alejar á los franceses del Elba y el Weser.

Quando volvió á Berlin la proposicion modificada de este modo, se asustó el rey á la simple idea de una alianza esplicita, acordóse de que el emperador Alejandro y las córtes alemanas le echarian en cara una y mil veces su felonía, pensó en el carácter emprendedor del primer consul,

y temió que si se unia demasiado con él , tendria que sostener la guerra , que era lo que mas sentimiento le causaba. Hasta la córte se dividió , pues aunque el gabinete era muy reservado , se traslució por fuera algo de lo que en él se ventilaba , y se desencadenó contra Mr. de Haugwitz , á quien acusaba de ser el autor de semejante política. Por cierto que aquel hombre de estado eminente , calumniado en Europa gracias á cierta doblez aparente que mas que de su carácter era hija de la posición que ocupaba , pero que entonces conocia mejor que ningun prusiano , y aun , lo decimos con gusto , mejor que ningun francés , los intereses combinados de las dos potencias , hizo los mayores esfuerzos para alentar el corazón de su rey , y persuadir al primer consul que no fuese demasiado exigente ; pero sus esfuerzos fueron inútiles , y disgustado formó el proyecto de retirarse de los negocios , como así lo hizo á poco. A todo esto , Mr. de Alopens , ministro de Rusia en Berlin , y hombre tan arrebatado y arrogante como Mr. de Markoff , alborotaba á Potsdam con sus gritos , la diplomacia austriaca intrigaba y no poco , y todas las pasiones se coligaron contra la idea de formar alianza con Francia ; sin embargo de que aquella agitacion interior , no pasaba del círculo de la córte y no era en Berlin un hecho público.

Tal era la situación de las cosas , cuando llegó de pronto la noticia del rapto del duque de Enghien , noticia que causó un efecto inmenso. El desencadenamiento del partido anti-francés traspasó todos los límites , la confusion del partido contrario fué estremada , y se realizó comple-

tamente el vaticinio del consul Lebrun , quien dijo que semejante accion levantaria en Europa gran polvareda. Sin embargo , para disminuir algun tanto el efecto causado por aquella noticia , se añadió que era una medida tomada por pura precaucion , y que el primer consul habia querido apoderarse del duque para que le sirviese de rehenes , pero que no podia ser su intencion castigar á un príncipe jóven é ilustre , que nada tenia que ver con lo que acababa de tramarse en Paris. Apenas habian dado oídos á semejantes disculpas , cuando se supo el terrible suplicio de Vincennes , y el partido francés tuvo que callar , no pudiendo disculpar de ningun modo la conducta del primer consul. Baste decir que aunque Mr. de Laforest , ministro de Francia , era sumamente apreciado por sus prendas personales , se vió abandonado de la sociedad prusiana , y segun él mismo refirió en un parte pasado á su gobierno , ni siquiera le dirigian la palabra , llegando á soltar una persona muy amiga de la legacion francesa , las siguientes espresiones que nuestro representante repitió en otra parte :—A juzgar lo exasperados que están los ánimos , por lo que se habla , no dudo serian insultados los franceses , por no decir otra cosa peor , sino hubiese en Prusia leyes que protegen la seguridad personal , y un rey cuyos principios son bien conocidos.

Mr. de Laforest decia tambien con igual fecha , que despues de haber mostrado aquellos vicingleros , á lo menos en la apariencia , no poco sentimiento , *no podian reprimir cierta alegría insultante , y que se felicitaban como si hubiesen logrado una ventaja de importancia.*

Y efectivamente lo era para los enemigos de Francia aquel cruel suceso, porque hundió en todas partes el partido francés, y de sus resultas se formaron alianzas que no pudieron ser deshechas de otro modo que á cañonazos.

Las faltas que cometen nuestros adversarios son una compensacion aunque triste, de las que nosotros hayamos podido cometer, y la Inglaterra nos proporcionó esta compensacion, haciendo una cosa difícil de calificar, pues suministró el dinero necesario para un complot, y mandó ó permitió que tres agentes suyos, á saber, sus ministros en Cassel, Stuttgard y Munich, tomasen parte en criminales intrigas. Así que lo supo el primer consul comisionó á un oficial seguro, para que pasando como lo hizo por agente de la conspiracion, ganase la confianza de M.M. Drake y Spencer Smith, y la ganó en tal manera, que no pudiendo reunir en aquel momento suficiente metálico, le dieron para que los repartiese á los conjurados á cuenta de mayor cantidad, mas de 100,000 francos en oro que entregó al instante á la policía francesa. En seguida mandó el primer consul que tanto el parte del oficial en cuestion, como las cartas autógrafas de M.M. Drake y Spencer, fuesen presentados al Senado, poniéndolo en noticia del cuerpo diplomático, para acreditar la autenticidad de aquellos documentos, y como el hecho no podia ser negado, así que aparecieron en el *Monitor* y las dirigió nuestro gobierno á todas las córtes, la crítica que hacia algunos dias se cebaba esclusivamente en Francia, recayó sobre Inglaterra de un modo severo. Los hombres imparciales conocieron que el primer consul habia sido provoca-

do con acciones odiosas, y sintieron que hubiese menoscabado su gloria, no contentándose con el castigo legal que debia recaer sobre Jorge y sus cómplices, y la reprobacion que debia sufrir la conducta de la diplomacia inglesa. En cuanto á M.M. Drake y Spencer, despedidos con indignacion de Munich y Stuttgard, atravesaron la Alemania precipitadamente, no atreviéndose á presentar en parte alguna; pero especialmente Mr. Drake, quien al pasar por Berlin, recibió de la policía prusiana una intimacion para que no permaneciese allí ni un dia siquiera, de suerte que no hizo mas que atravesar aquella capital, y fué á embarcarse para Inglaterra de prisa y corriendo, llevando consigo la afrenta que acarrea el profanar un empleo sagrado.

La conducta de Mr. Drake y su cólega fué causa de que se olvidase por algun tiempo la muerte del duque de Enghien; pero no obstante, aunque el gabinete prusiano no faltaba al decoro en sus conversaciones, se volvió de pronto taciturno, frio é impenetrable con Mr. de Laforest, y no soltó una palabra sobre alianza, sobre negocios, ni aun siquiera sobre el cruel suceso que todos deploraban. Sabiase que M.M. de Haugwitz y Lombard, sentiaa en gran manera aquella desgracia que habia ido á echar por tierra su politica; sabiase tambien que Mr. de Haugwitz especialmente estaba resuelto á dejar el timon de los asuntos públicos, y á retirarse á las haciendas que tenia en Silesia, haciendas que habian perdido mucho de resultas de la guerra; pero ni uno ni otro personage decian cosa de importancia, y como Mr. de Laforest hubiese querido tener con

ellos una esplicacion, Mr. de Haugwitz oyó sus observaciones con suma politica, y le respondió lo siguiente:—Caballero, podeis estar persuadido de que el rey ha sentido mucho ese suceso por lo que toca á la gloria del primer consul, y en cuanto á la alianza no hay que pensar en ella. Se ha querido exigir demasiado del rey, además de que ahora piensa de distinto modo que antes, de resultados de un acontecimiento imprevisto, cuyas consecuencias no podemos evitar ni vos ni yo.

Efectivamente, habia mudado enteramente de plan el rey de Prusia, y á la sazón, pensaba en unirse á Rusia, buscando en ella el apoyo que en un principio trató de buscar en Francia. Así es, que si antes deseaba que el primer consul redujese el ejército de Hannover, y evacuase las orillas del Elba y el Weser, comprometiéndose á compartir con él todas las vicisitudes porque pudiese pasar Francia, decidido ya á no tener nada con ella, se resignaba á sufrir la ocupacion del Hannover, así como que los rios siguiesen cerrados al comercio, y buscaba en un convenio amistoso con Rusia, los medios de evitar ó cuando menos, limitar los inconvenientes que podian resultar de que los franceses siguieran en Alemania. Entró, pues, en tratos con el embajador de Rusia, y era tanto mas fácil llevar á buen término aquella negociacion, cuanto que satisfacía los deseos de aquella corte.

Mientras que en Berlin iba debilitándose el efecto que causó en Europa el trágico suceso de que ya hemos hablado, crecia en San Petersburgo donde fué mayor que en ninguna otra parte. Como el emperador era jóven, vivo é inconsecuente

y estaba dispensado de tener prudencia, merced á la distancia que le separaba de la nacion francesa, demostró muy á las claras su pesar, pues el correo portador de la noticia, llegó á San Petersburgo un sábado, y debiendo al dia siguiente domingo, concurrir á palacio el cuerpo diplomático, resentido el emperador de la conducta altanera del primer consul, y poco dispuesto á contentarse para agradarle, solo dió oídos á su resentimiento y á los gritos de una madre apasionada. Mandó, pues, que toda su casa se vistiese de luto, sin consultar siquiera á su gabinete; y cuando llegó el momento de recibir á los ministros estrangeros, se presentaron de negro el emperador y su corte, con gran admiracion hasta de los mismos ministros que no tenian la menor noticia de semejante cosa. Los representantes de todas las cortes de Europa, vieron con regocijo aquella prueba de dolor que era un verdadero insulto hecho á Francia, y el general Hedouville, embajador nuestro, que tambien se hallaba presente, se vió por algunos instantes en una situacion cruel; pero mostró una calma, una dignidad que causaron admiracion á todos los que presenciaron aquella escena estraña. El emperador pasó por delante de él sin proferir una palabra; y sin turbarse, el general, sin cortarse lo mas mínimo, arrojó en torno suyo una mirada tranquila, haciendo respetar con su presencia de espíritu, á la nacion francesa, comprometida por una desgracia de gravedad.

Despues de tamaña imprudencia, el emperador se puso á deliberar con sus ministros sobre la conducta que debia observar, pues aquel jóven monarca sensible, pero tan vano como